

LA REVOLUCION NECESARIA



esenciales que mejoren la calidad de la vida». Lo fastidioso es que una cosa es el buen sentido y otra muy distinta la lógica del sistema capitalista.

En efecto, el capitalismo es estructuralmente incapaz de instalarse en una especie de equilibrio de crucero: de dar prioridad a la distribución equitativa y sensata de los productos y desinteresarse (como recomienda Galbraith) del crecimiento. Si no hay crecimiento, ¿cómo rentabilizar los beneficios que no son más que capital fresco que pasa a engrosar el capital inmovilizado? El buen sentido replicará: reduzcamos los beneficios, ya que no pueden reinvertirse, o utilicémoslos para fines sociales y culturales. Pero si el capital no produce ya beneficios interesantes, ¿qué puede incitar a los capitalistas a producir? Si las acciones no reportan más plus valías ni dividendos, ¿qué podrá impedir el derrumbamiento de la Bolsa, la quiebra de los Bancos, que viven precisamente de eso? En una palabra: ¿con qué sustituir el «motor del beneficio»? ¿Qué clase de poder reemplazaría al capital para que los millones de trabajadores, disponibles debido a la disminución del volumen de inversiones y de la innovación, pudiesen ocuparse de remodelar el marco y las condiciones en que se desarrollan sus vidas?

UN NUEVO OBJETIVO

Es muy interesante el hecho de que estas interrogantes subversivas, que ponen en tela de juicio al capitalismo en sus fundamentos mismos, están saliendo a la luz pública en los periódicos anglosajones, por extraño que esto parezca.

Así, el austero «Financial Times» escribía en su edición del 6 de abril, bajo la firma de uno de sus editoriales, Joe Rogaly:

«La única solución es una redefinición de lo que nuestra sociedad espera de la vida. Hay una confusión en cuanto a objetivos a conseguir que explica el que tantos de nuestros conciudadanos estén desorientados y sean virtualmente presa de la anarquía. Necesitamos proponernos un nuevo objetivo. El viejo —un mayor crecimiento industrial, como el que hemos conocido hasta ahora— ha sido rechazado ya por demasiada gente.

«¿Con qué sustituirlo? Más tiempo libre, más ayuda a los países subdesarrollados, un mayor nivel de vida para nuestros propios pobres, el ataque frontal contra el abandono de nuestras ciudades, de las que habrá que excluir en gran parte los automóviles; todos nosotros estamos preocupados, obsesionados por reparar los daños que se han ocasionado a nuestros paisajes... Si se nos propusiese una revolución auténtica —una revolución que eleve la calidad de nuestra vida en vez del producto nacional bruto—, la construcción de la nueva sociedad representaría unos gastos muy elevados. No obstante, si el pueblo tuviese entonces conciencia de perseguir esos objetivos que él mismo se habría fijado, mostraría en el trabajo un ardor que jamás conseguirán de él los dudosos estímulos fiscales». ■ MICHEL BOSQUET.

En todo el mundo capitalista, las nubes oscurecen el horizonte. Ni los banqueros, ni los industriales, ni los tecnócratas saben a ciencia cierta lo que les deparará el mañana, y no se preocupan de ocultarlo.

Hace un año, muchos de esos hombres relacionados estrechamente con la economía evocaban el fantasma de una catástrofe como la de 1929. Es casi seguro que no se producirá un derrumbamiento como el vaticinado entonces, pero es, sin embargo, muy probable que en su lugar se produzca un lento descenso a los infiernos. Porque todos parecen de acuerdo en que está tocando a su fin un largo ciclo de crecimiento y prosperidad relativa. Todo el «primer mundo» se ve afectado por esta incipiente crisis. Los Estados Unidos han perdido la fe, y sus aliados están contagiándose ya de su angustia.

Dos hechos ilustran perfectamente este malestar a escala planetaria. Hechos que se remontan al viernes 3 de abril. Ese día, el Ministerio de Trabajo, de Washington, anunciaba que el índice de paro había llegado en marzo a un 6 por ciento. A pesar del presupuesto de reactivación económica de Nixon, que preveía un total de 11.600 millones de dólares de déficit presupuestario, se encuentran en paro más de cinco millones de obreros americanos. Los sondeos hablan de 100.000 ingenieros y cuadros sin trabajo.

LA CUESTION CLAVE

Ese día afluían a Frankfurt 750 millones de dólares prontos a convertirse en marcos alemanes. Estos dólares se sumaban así a los 2.730 millones de dólares que han ido a refugiarse a la Alemania Federal en el curso de los tres primeros meses del presente año y que han elevado las reservas de divisas hasta un nivel fantástico; más de 17.000 millones de dólares contra los 7.400 millones que había inmediatamente después de la revaluación de septiembre de 1969.

Y, sin embargo, la misma economía alemana dista mucho de ser un puerto seguro. Los salarios han aumentado en Alemania en un 16,5 por 100 durante el año pasado. Los beneficios han disminuido entre un 25 y un 30 por 100. Los «trusts» gigantes de ese país reducen sus programas de inversión. Los sindicatos se rebelan contra el tope del 8 por 100 que el Gobierno pretende imponer a los aumentos de salarios. Bajo un Gobierno cristiano-demócrata, la recesión alemana habría ya comenzado. Y tampoco con los social-

demócratas podrá ser diferida por mucho tiempo. Cuando disminuyen los beneficios se debilita la «propensión a invertir»: ¿por qué invertir si cada vez son menores los beneficios?

Esa es la cuestión clave, el problema que se presenta de manera acuciante en todas las «metrópolis»: — En el Japón, donde los salarios han aumentado en un 17 por 100 el año pasado y donde los sindicatos están dispuestos a exigir un aumento de un 20 por 100 en 1971, el índice de expansión va a disminuir en un 8 o un 9 por 100; es decir, un poco más de la mitad de lo que es norma en dicho país. — En las principales industrias de Italia, los salarios han aumentado en un 50 por 100 desde la primavera de 1969. La producción está en baja; 400 empresas parecen al borde de la bancarrota; sólo se puede invertir en el sector para público. — En los Estados Unidos, por último, los aumentos de salarios han sido más bien moderados: menos de un 10 por 100 en general. Pero se han producido en medio de una recesión que debía «salvar» al dólar. El nivel de beneficios se ha resentido de esta circunstancia. En medio de la atonía general, los Bancos no encuentran prestatarios y envían otra vez a Europa —donde los intereses son más bajos y la inflación más lenta— los miles de millones de dólares que habían afluido a Norteamérica durante el «boom» registrado en el país entre los años 1966 y 1969. Esto explica el déficit —10.000 millones de dólares en 1970— de la balanza de pagos americana.

LOS AÑOS SESENTA

¿Cuál es la razón de esta disminución de marcha de esta suspensión del crecimiento? Sólo una minoría de viejos liberales se atreven a ofrecernos una explicación de corte tradicional: según ellos, los salarios han aumentado a un ritmo más rápido que la productividad, privando así a las empresas de una serie de beneficios que habrían podido dedicarse a la reinversión. Esta explicación es totalmente vulnerable: según la O.C.D.E., no ha habido una redistribución de la renta nacional a favor de los asalariados y en detrimento de la acumulación de capital. Las razones de la crisis actual son bastante más complejas.

Durante la segunda mitad de los años sesenta, los principales países capitalistas se lanzaron a una carrera desenfrenada por la conquista o ampliación de los mercados: aceleración de la innovación, intensificación de la investigación

aplicada, planes de inversiones muy ambiciosos, carrera de productividad. Este titánico esfuerzo de acumulación se ha llevado a cabo en detrimento de los asalariados, cuyos ingresos reales han disminuido (en Estados Unidos) o han aumentado muy ligeramente, a menor ritmo que los beneficios. La reacción, inevitable, se produjo a partir de 1968; primero en Francia e inmediatamente después en Gran Bretaña, Suecia, Italia, Alemania, Países Bajos, Estados Unidos, Japón: los trabajadores se rebelaron, desbordando en muchas ocasiones a sus propios sindicatos, y consiguieron espectaculares aumentos de salarios que, a pesar de las apariencias, no hicieron más que enjugar el retraso de los salarios con respecto a los beneficios.

En todas partes el patronato ha contestado defendiendo los beneficios mediante el aumento de los precios. En todas partes los Bancos centrales han tratado, aunque sin éxito, de yugular la inflación mediante medidas restrictivas. La rarefacción del crédito y el incremento de las tasas de interés, sumados a los aumentos de salarios, han terminado por debilitar los beneficios y retrasar los programas de inversión: de ahí la crisis coyuntural.

UNA SATURACION

Esta crisis de corte clásico no pasaría de ser una trivial fluctuación coyuntural si no pudiese en evidencia una realidad más profunda de orden estructural: la competición intercapitalista ha generado un enorme potencial de producción que no parece que vaya a desarrollarse más, ni que un día pueda llegar a utilizarse plenamente. Como siempre, las razones coyunturales de la suspensión del crecimiento son sólo aparentes: la realidad fundamental es que el «boom» de inversiones no podía continuar indefinidamente, y tanto menos cuanto que se van ya agotando los efectos del gran ciclo de innovaciones de la posguerra (electrónica, átomo, informática, petroquímica), el desarrollo de la motorización tropieza con obstáculos físicos, el mercado de los bienes del hogar está casi saturado y en los países más «opulentos», el público no se deja ya persuadir tan fácilmente y no compra cualquier cosa por el simple hecho de su novedad. Naturalmente que podemos responder en nombre del sentido común: «Bueno, tanto mejor. Innovemos menos, invirtamos menos, compremos menos chismes, trabajemos menos y ocupémonos de cosas más